

A veces prosa

Dos escritores dominicanos

Adolfo Castañón

EN ALABANZA DE *LA BIOGRAFÍA DIFUSA DE SOMBRA CASTAÑEDA*

En la figura de Marcio Veloz Maggiolo (nacido en Santo Domingo, en 1936) confluyen y se galvanizan la historia, la antropología, la poesía y la literatura en una obra *dorada* e inagotable cuyo emblema narrativo es la novela *La biografía difusa de Sombra Castañeda* (1984).

Se trata de una novela donde la tierra y la geografía alimentan seres fabulosos y fabulados que atraviesan la historia, así el pasado remoto como el pasado inmediato, en una superposición de tramas, que sus páginas abren paso a la irrupción de un idioma vertiginoso que participa de la oralidad real maravillada y de una escritura tensante alambicada hacia las orillas donde lo barroco se extrema hacia el silencio respetuoso de las formas últimas de la intrahistoria. En efecto, en la gran novela que es *La biografía difusa de Sombra Castañeda* la forma profunda del vaivén entre los tiempos históricos y los tiempos narrativos va alzando hacia la luz leída un caracol en cuya cavidad se escucha el clamor de una historia que es, en principio, la de la hondura montaraz de la isla de Santo Domingo, escindida y demediada en su otredad haitiana y francesa.

El hilo dorado que va zurciendo, harapo a guiñapo, la suntuosa envoltura de esta narración parabólica, exhuberada y orbitante, es el de la libertad y la amistad: ráfagas simpáticas y simpatéticas van moviendo y suscitando a las diversas cifras homunculares, a los agonistas y protagonistas de su cuento hacia una política, hacia el presentimiento de una nueva y arcaica piedad civil que va imponiendo a lo largo del tiempo el cumplimiento de su sagrada norma. Ese aliento órfico del narrador omniausen-

te y que sabe olvidarse en cada una de sus criaturas, entregarse a ellas para que éstas instituyan una geometría inédita y desde ahí rijan el mundo (“Es cuestión de ordenar el medio, y luego de ordenar a los que viven en él”)¹ atraviesa los reinos mineral, vegetal, animal, semi-humano y humanísimo, corta los hilos de la razón, con prosa, a veces leprosa, a veces suntuosa, y de la sinrazón; zanja heridas, cauteriza fronteras con el temple fundacional del que sabe que sólo se puede vislumbrar el porvenir desde el más complejo y elaborado arte de la memoria. Quisiéramos recordar entre líneas la figura de José Martí. Y así en la novela de Marcio Veloz Maggiolo las edades bárbaras de Diego de Colón y del vandálico dictador Rafael Trujillo van tomándose de la mano, como en una sarabanda, espejeándose “con la confianza de las almas en pena”, con una precisión casi musical, del mismo modo que las brujas y los chamanes, los adeptos del Gagá y de los árboles sagrados, los almirantes y los deshechos humanos de la manigua urden una cadena fermentada del ser americano, nutrida de *Biblia* y de letras del Siglo de Oro, de lengua de Arcipreste y de prosa de *Persiles y Sigismunda*, de alientos estremecidos de cronistas americanos y de cronistas balbuceantes tamizados por las lenguas tan épicas como procaces de James Joyce y de William Faulkner.

La biografía difusa de Sombra Castañeda es la historia de una agonía, y, a la vez, una narración parabólica y profética, estudiosa y clarividente que trae a las playas del conocimiento lo fundado sólo en la amorosa dictadura del arte; a través de esos minu-

¹ Marcio Veloz Maggiolo, *La biografía difusa de Sombra Castañeda*, Editora Taller, Segunda edición Santo Domingo, República Dominicana, 1984, p. 33.

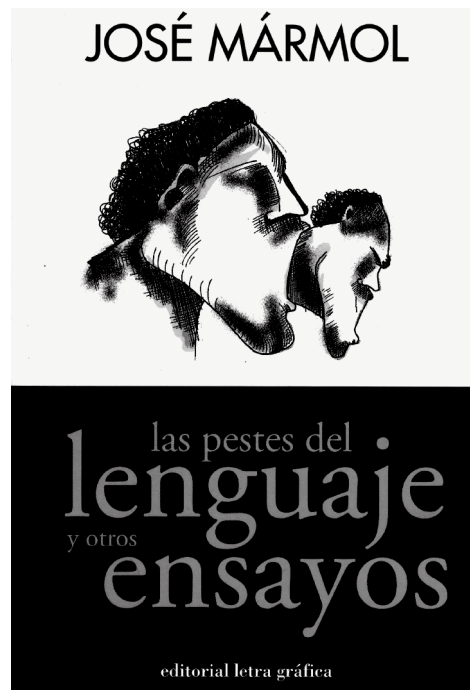
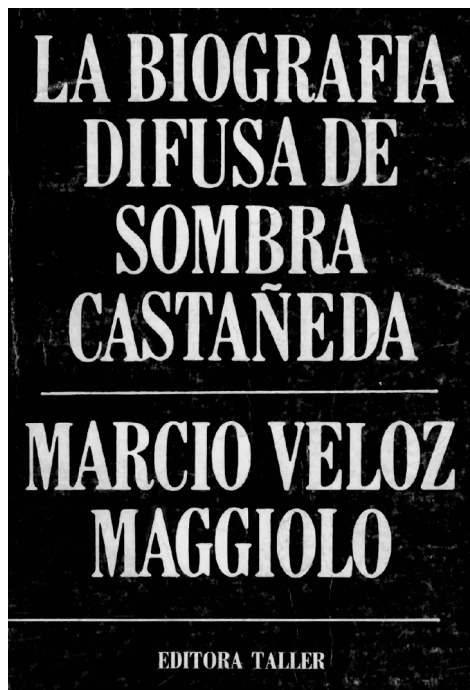


ciosos pactos verbales se puede salvar la carne fáustica de los hombres nacidos sin ombligo: “Fue entonces cuando Miguel puso su mano en el pliego de papel rayado y se dibujaron en él caminos, bohíos llenos de iguanas maceradas en ají mortecino, canoas llenas de personas navegando en la mar embravecida, mujeres pariendo niños antes de tiempo y hombres con látigos grandes y guadañas cortando cabezas: ¡Era su firma!”²

JOSÉ MARMOL O HACIA UNA CURACIÓN DE LA PESTE

La Española, la isla demediada o partida en dos que es el territorio de la República Dominicana fue para fortuna de los augurios el primer punto que tocó el almirante Cristóbal Colón en su navegación exorbitada por la mar Océana. Los vientos traviesos lo hicieron poner pie en cierto Cabo del Viento, localizado en el actual Haití. La isla fue entonces explorada con atención y los primeros colonizadores decidieron asentar su primera ciudad americana en lo que hoy es la Ciudad Proa de Santo Domingo. Desde entonces, la comunicación y el comercio entre las Américas y el continente europeo (euro-asiático-africano como dicen los esco-

² *Ídem*, p. 198.



lares) ha pasado por las bisagras antillanas y, o muy en particular, por la República Dominicana y la ciudad de Santo Domingo. Esta circunstancia privilegiada ha conferido a los vigías y gavieros de la isla partida en dos un peculiar ángulo clarividente, una sensibilidad despierta hasta el riesgo para sondear en lo próximo y en lo remoto los vaivenes del tiempo vivido, encauzado y soñado entre los hombres, como si la historia y la geografía revelaran ahí su más difuso límite.

Estas páginas quisieran esbozar entre sus líneas un saludo —o sea un reconocimiento— a éste que es a mi parecer uno de los ejes que, desde la penumbra de la modestia, rigen las geometrías inteligentes de América. En ese compás, quisiera reconocer en la silueta del poeta y ensayista José Mármol a una de las figuras vigilantes que, desde lo alto de esa intersección, mejor han sabido dar cuenta en estos años de los avatares oscilantes de nuestra no siempre historiable intrahistoria literaria y cultural. Lo ha sabido hacer en un lúcido libro de veinticuatro ensayos que da en verdad cuenta de una jornada cabal y meditada alrededor, desde luego, de las letras y el pensamiento que prosperan en la media isla tanto como de las cifras letradas en la región antillana y, más allá, en los signos campanantes por la amplia extensión americana. Se trata de *Las pestes del lenguaje y otros ensayos*. El título del libro viene de la segunda conferencia dedicada a “la velocidad”, dic-

tada en la cátedra “Charles Elliot Norton Poetry Lectures” que entre 1985 y 1986 impartió ese latinoamericano honorario y electivo que fue Italo Calvino —pues, recordémoslo a su ojo de editor activo como levadura deben las letras americanas no pocas de sus flautas traducidas y casi como la música de fondo de su *Boom*. Ahí Calvino exhala su desazón con la época: “A veces tengo la impresión de que una pestífera epidemia azota a la humanidad en la facultad que más la caracteriza, es decir, en el uso de la palabra; una peste del lenguaje que se manifiesta como pérdida de fuerza cognoscitiva y de inmediatez, como automatismo que tiende a allanar la expresión en sus formas más genéricas, anónimas, abstractas, a diluir los significados, a limar las puntas expresivas, a sofocar cualquier chispa que brote del encuentro de las palabras con nuevas circunstancias” (Calvino, *Seis propuestas para el próximo milenio*, traducción de Aurora Bernárdez, 1989).¹

Al dominicano José Mármol, la reflexión no sólo le es familiar. Se ve, en el mismo ensayo y en otros tramos de sus veinticuatro ejemplares: *essays* que “la cosa” lo ocupa y preocupa: de ahí la anécdota recordada y vivida de la lectura de un Ernesto Cardenal en Puerto Rico que en vez de leer sus más

acertados y legendarios epigramas le receta al abnegado público boricua “facturas de mera propaganda” desacertando por curiosa presbicia; de ahí su sagaz lectura del regio Gabriel Zaid —de quien diría yo es uno de los más eficientes discípulos latinoamericanos— o su oportuna cita del olvidado de tan presente José Ortega y Gasset quien ya en 1933, en sus decisivas conferencias *En torno a Galileo* (1550-1650) ya rumiaba estas correosas verdades. Dice Mármol: “Cabe también señalar como síntoma pestilencial o epidémico de nuestra poesía, la reducción o desnaturalización del pensamiento, cuando de hecho ha sido tomado en cuenta como una actividad *fiduciaría*, es decir, pensar huecamente y a crédito; o lo que es igual: ‘pensar algo sin pensarlo en efecto’”.²

Acaso —diría un lector de Mármol— el afantasmamiento de nuestra tecnológica y virtual edad, la condición espectral de nuestros abriles y octubres, el estatuto crepuscular y desabrido en nuestros días se deba, en alguna medida, a esa desvanecida y evanescente sensibilidad que revela y replica la falta de experiencia genuina y real, humilde y modestamente real. Leer la prosa de José Mármol en este libro conformado por veinticuatro ejercicios de salvación americana, antillana y dominicana resulta, además de experiencia real, vislumbre de literatura verdadera y para parafrasear a Italo Calvino, asomo de ese espacio prometido “donde el lenguaje llega a hacer lo que realmente debería ser”.

El libro reúne, además, una serie de ensayos que celebran y sitúan, como en un breviario, las aristas vigentes de la literatura dominicana actual desde los legendarios Manuel Rueda y Antonio Fernández Spencer hasta nuestros coetáneos y a veces contemporáneos Soledad Álvarez, Alexis Gómez Rosa, Plinio Chahin, José Alejandro Peña, Basilio Belliard, Carlos X. Ardaín, Armando Almanzar Botello, Fernando Cabrera, Medar Serrata, entre otros, sin dejar de tocar el caso de esos anfibios de la lengua y la cultura que son los dominicano-neoyorquinos: Julia Álvarez y Junot Díaz. ■

¹ Citado en José Mármol, *Las pestes del lenguaje y otros ensayos*, Editorial Letra Gáfica, Santo Domingo, 2004, p. 71.

² *Ídem*.